

MEMORIAS DE JUAN CALASANCIO

Ismael Yebra Sotillo.

Sevilla, 17 de febrero de 2001.

A mis amigos y compañeros del colegio de los escolapios de Sevilla

Con los que compartí unos años de los que algunos quieren huir,
aunque lo más sensato, porque además es imposible otra cosa,
es asimilarlos y recordarlos con benevolencia.

A esa edad los disgustos se olvidan con rapidez; de la miseria sólo se ve el lado cómico y de la tragedia el heroico. Ya sé que andan por ahí visiones sórdidas y sombrías de la niñez, pero a mi modo de ver esas visiones no son otra cosa que una proyección sobre la niñez de las frustraciones y resentimientos de la edad adulta.

(Aquilino Duque).

Memorias de Juan Calasancio

Juan Calasancio nació a mediados de los cincuenta en un céntrico barrio sevillano: La Alfalfa, eso que algunos llaman el pueblo más cercano a Sevilla. No era la ciudad de la posguerra ni sus niños los del hambre o los de la leche de los americanos, al menos no los de aquella leche que mandaban en polvo y que repartían en las iglesias y las escuelas. Sí creció entre otra leche, la mala, que también llegaba de América de forma encubierta y camuflada bajo los primeros telefilmes, refrescos de cola, pastelitos fabricados en serie y chicles empaquetados.

Sevilla era todavía afortunadamente provinciana. El provincianismo... lo que para algunos es un defecto y para otros una gran ventaja... como todo en la vida. Sus calles estaban adoquinadas, sin haber sido arrasadas aún por la marea negra. Estaban débilmente iluminadas por unas grandes bombillas que colgaban de unos cables tendidos de lado a lado, protegidas por una decadente y escueta pantalla de porcelana.

Sevilla era una ciudad manejable. No habían comenzado los derribos indiscriminados y las plazas de la Magdalena, el Duque, San Pedro o San Leandro se mantenían intactas. No existían hipermercados ni grandes almacenes, ni hamburgueserías ni cibercafés, ni gorrillas ni zona azul, ni zonas de ocio ni parques temáticos. Sevilla era Sevilla; así, a secas, como tal, con el peso de su historia a cuestas y con la desdicha de su destino a la espalda.

Juan Calasancio recuerda de esa época las viejas carbonerías, donde todo era negro cubierto por el hollín y sólo resplandecía el blanco de los ojos de unos ojos negros. Las viejas ferreterías, donde todo se buscaba y casi todo se encontraba. Las viejas tiendas de ultramarinos, en cuya trastienda se inició la costumbre de la tapa acompañando a la copa de vino. Las viejas librerías de viejo, con sus variopintos dueños y su no menos rara y variopinta clientela. Las viejas farmacias, con sus estanterías de madera tallada repletas de tarros de cerámica y las más increíbles tertulias en su recóndita rebotica; con sus antiguas medicinas como el Ceregumil, el Okal o las pastillas Koki, y los intensos olores del Bálsamo Oriental, ideal para el tratamiento de callos y durezas, o el Linimento de Sloan, popularmente conocido como tío del bigote, delator implacable de lumbagos, torceduras y dolores musculares.

Las viejas tabernas, con su olor a serrín a la hora de abrir y los cantos del Gloria, el Carbonerillo o Vallejo, interpretados bajo un lacónico letrero en el que se leía: se prohíbe el canto. Las viejas torterías, con pan de Alcalá, tortas de Castilleja y chocolate de los PP Capuchinos. Los viejos zapateros remendones, instalados en una covacha bajo un hueco de escalera o en una

falsa casa de madera aprovechando un rincón de la calle, como las que había hasta hace poco en la calle Imperial o la calle Abades. Las viejas lecherías, con su leche a granel que se compraba cada día y se cortaba al día siguiente con facilidad, porque las vacas todavía no estaban locas del todo, sino solamente algo depresivas.

Los viejos cosarios, con sus paquetones amontonados en sus estanterías y el camión aparcado en la plaza más cercana, en espera de la llegada de la tarde para partir con destino a sus respectivos pueblos. Los viejos quioscos de madera pintada de color verde hierba, tan pequeños que apenas si cabía en su interior el dueño rodeado de montones de periódicos: el ABC y El Correo por la mañana y el Sevilla, diario del movimiento, por la tarde.

Las viejas quincallas, en las que se vendía ropa interior y ropita de niño, y en las que no faltaba un rincón en el que una habilidosa y paciente señora se ganaba la vida cogiendo puntos de medias. Las *casas de tapao*, donde el niño veía entrar y salir gentes sin saber a qué, pero que cuando más tarde lo supo, no por ello dejó de valorar la discreción y la buena vecindad de quien aquél taller del más viejo oficio regentaba.

Las viejas consultas del barrio, con su olor a alcohol nada más traspasar la puerta, su olor al cuero viejo de los sofás de la clásica sala de espera y la imagen entrañable de ese médico afable y bondadoso, sin prisas, aún no prisionero de seguros, reclamaciones judiciales y pacientes sabihondos que pretenden saber más que el médico por el simple hecho de estar conectados a Internet. Uno de los defectos de los tiempos que corren es que todo el mundo cree que sabe mucho de todo.

Las viejas tiendas de tejidos, donde lo primero que te ofrecían era una silla para sentarte mientras un tal Martínez o González, extendía pacientemente telas y telas sobre el mostrador, amontonaba cajas y cajas de camisas, cajas y cajas de chalecos, sin importarle el tiempo, porque en aquél tiempo tampoco Martínez, ni González tenían prisa. Tampoco molestaba que tras media hora enseñando mercancías, el cliente dijera:

- Bueno... vamos a dar una vueltecita por ahí a ver lo que vemos.

Y ese tal Martínez ni se inmutaba. Recogía la mercancía con presteza y atendía con el mismo agrado al siguiente cliente. Martínez vivía en un piso alquilado en pleno centro de Sevilla y no tenía que pagar letras de coche, ni se tiraba dos horas dando vueltas por el barrio para aparcar antes de entrar a trabajar. Tampoco tenía que responder mensualmente a ese atraco a mano armada llamado hipoteca, ni mantener dos casas... porque en aquél tiempo todo se hacía con cabeza y discreción, y no se separaba nadie, sino que cada uno se casaba, se apañaba y se aguantaba con la misma. No es que fuera mejor ni peor, es que era lo que había y sobre todo era lo más barato.

Eran otros tiempos y otros afanes. Se vivía con otras miras y con otros fines. Eran hasta otros los olores. Las casas olían a potaje por la mañana y a puchero por la noche, ausente aún la cocina de la freidora, el precocinado y el

microondas. Al pasar por las puertas se olía el incienso de la copa de cisco picón en invierno y alhucema si había alguna mujer recién parida. Las clínicas olían a alcohol, las tabernas a vino, las tiendas de coloniales y ultramarinos a bacalao, jamón y chacina curada –recuérdese si no Casa Marciano, en la calle Lineros, donde por muchas tiendas de tejidos e informática que pongan, jamás serán capaces de eliminar el olor a jamón incrustado en las paredes-. Las lecherías olían a leche y las fruterías a fruta: desde San Pedro se olían los plátanos de Betancor cuyo almacén estaba situado en la Encarnación. Las zapaterías olían a piel curtida, las droguerías a jabón verde, los zapatos a pie, las axilas a sudor y las casas viejas a gato.

En aquél tiempo no había gays, sino mariquitas que se dividían entre seguidores de la Piquer, la Marifé o la Juanita Reina. Casi todos se dedicaban a pintar, no como ahora hacen los gays que pintan cuadros y los venden carísimos en las galerías de arte, sino a la brocha gorda; eso sí, dejaban la casa recogida y limpia como si no se hubiese pintado.

El centro de Sevilla, donde nació y se crió Juan Calasancio, estaba lleno de corrales de vecinos. El corral trompero, el del conde, el de los gallegos, el de la Alfalfa, el de los chícharos... En ellos se malvivía, pero se vivía. Actualmente hay quien ni siquiera malvive, ya que ni vive esperando a fin de mes. Eso sí, con cuarto de baño y cocina alicatada, mientras que antes el que se alicataba era el dueño. En los corrales se compartía la pobreza, la desgracia y la alegría. Puestos a compartir se compartía hasta el váter, cosa que debería ser realmente molesta.

La Sevilla del corral la vio Juan Calasancio de cerca por tenerla al lado. También fue vecino de ganaderos de reses bravas, médicos con prestigio y comerciantes afortunados, que vivían en grandes casas de patio, con chóferes en la puerta y criadas ataviadas con cofia y delantal blanco. Viviendo juntos, aunque no revueltos, integraban el vecindario de la Alfalfa y tanto de unos como de otros, guarda Juan Calasancio buenos recuerdos. Piensa el niño en la lejanía que tal vez fuera más fácil la convivencia y la integración social compartiendo el espacio físico, viviendo en la misma calle y comprando en las mismas tiendas, que estando divididas las clases en zonas residenciales y barrios periféricos marginales.

La televisión todavía no invadía los hogares, ni anulaba la comunicación familiar, ni impedía la tertulia vecinal. Llegaban los primeros aparatos... aquellos Iberia, Marconi, Fercu, Elbe, Vanguard, que nos acercaban un mundo lejano en el espacio, pero cercano en el tiempo, aunque eso sí, en blanco y negro. A las puertas de los bares y en las aceras de los escaparates de las tiendas de electrodomésticos, se veían los transeúntes parados ensimismados con las escapadas de Gento, los remates de Di Stéfano, los encestes de Emiliano o la raqueta de Manolo Santana. Era un mundo de ilusión aunque fuese en blanco y negro, que algunos trataban de colorear y para ello colocaban delante de la pantalla unas tiras de celofán que, al menos si el reparto de la imagen era el lógico, permitían ver el suelo verde, las caras sepias y el cielo algo menos negro y más azul.

A la hora de comer se ponía la radio. Los mayores pendientes del parte, precedido de aquello de Por Dios, por la Patria y el Rey... que continuaba con el volverá a nacer la primavera y el impasible ademán... para finalizar con la cantinela de que en España empieza a amanecer. Los niños deseando la llegada de Matilde, Perico y Periquín. Mocitas, modistas y peluqueras seguían, sin perderse ninguno de los interminables trescientos y pico capítulos, la novela de la tarde.

Aún resuenan en la memoria de Juan Calasancio los anuncios del Cola-Cao que le trasladaban al África más tropical, el Anís del Coral... el mejor de los mejores, la mejor malta de España... la Braña, Fundador... el coñac que mejor sabe y que está como nunca, Ese... que lava blanco blanquísimo, cámbiese a Omo, o el lave su ropa con Persil a ritmo de marcha nupcial. Las tertulias radiofónicas no eran de corte político, sino de fútbol, toros o canción española –no se decía la copla, sino una copla y al género se le ha llamado siempre canción española-. Entre el Tío Pepe y su sobrino, la revista El Toreo o las Galas Juveniles, se entremezclaban los concursos Conozca usted a sus vecinos, Lo toma o lo deja, dirigidos por las voces familiares de Boby Deglané o Rafael Santisteban, o las mil y una historias de Pepe Iglesias *El zorro*, aquél que aseguraba que *de Fernández nunca más se supo* y que comenzaba su programa con aquello de... *yo soy el zorro, zorro, zorrito, para mayores y pequeñitos*.

Sevilla era pobre, pero no de espíritu. Pobre materialmente, pero feliz. Al menos así la recuerda Juan Calasancio. La gente no tenía, pero puestos a no tener, ni siquiera tenía trampas. Se dormía a gusto, sin dinero, pero sin hipotecas y sin movidas. Ahora hay ricos que no duermen por no tener tiempo para ello, medios pelos que no descansan porque no dan abastos a pagar trampas y los pobres no duermen porque no tienen ni donde dormir. En aquél tiempo no todos comían, pero sí todos dormían.

Era una Sevilla exenta de lo que ahora llaman *glamour* que se debe traducir por alguna palabra cercana a imbecilidad. El niño la recuerda como auténtica y bella, como bella y limpia es la mirada de un niño. Por eso los niños lo ven todo bello... por eso los recuerdos infantiles siempre son bellos, no es que fueran necesariamente así, pero los veíamos así. El niño todavía no tiene la torpeza de ver las cosas malas y por eso no puede recordarlas, porque ni siquiera las ha visto. Además... créanme... ¡no merece la pena!

Cuando Juan Calasancio cumplió cinco años fue llevado por primera vez al colegio; hasta entonces estuvo en su casa. No había, como ahora, guarderías ni preescolar. La gente estaba en casa y cuidaba de los hijos y estos jugaban tranquilamente en la calle. Fue una mañana de octubre, no recuerda el niño si soleada y luminosa, o nublada y gris. Fue al colegio de los PP. Escolapios y no conocería ningún otro colegio hasta su salida de COU, con diecisiete años, para ir a la Universidad.

El curso de niños más pequeños se llamaba Jardín de la Infancia. Se entraba por la calle Escuelas Pías, llamada por los mayores calle Luna, y se accedía a un romántico jardín con paredes de buganvillas, setos de arrayanes

y palmeras anudadas de hiedra, en cuyos troncos había casitas de madera habitadas por infinidad de palomas. El jardín estaba salteado de bancos, fuentes y columpios. Al fondo, una amplia cristalera, dejaba entrever la clase que por el otro extremo tenía una puerta que permitía el acceso por el patio de la Virgen, obra del arquitecto regionalista Juan Talavera.

La clase tenía una gran pizarra de color verde, pupitres de madera de dos asientos, enormes mapas por las paredes, perchas para colgar la ropa, un armario para guardar el material y una mesa al frente para el profesor. Todo ello presidido por un crucifijo situado en lo más alto y visible.

Los niños vestían babi a rayas verticales de un color azul que se iba tornando grisáceo a fuerza de lavados, abotonado por delante, dejando ver la camisa blanca y la reglamentaria corbata de color rojo carmín. Sobre un fondo más claramente azul situado en el bolsillo superior del lado izquierdo, Juan Calasancio recuerda ver, marcados a hilo blanco, los nombres de sus compañeros: Aguilera, Bustamante, Bosch, Díaz Salazar, Díaz Borrego, Golmayo, Verdugo, Vega, Villegas, Sánchez Gómez, Gallego, Alcántara, Alfaro, Tristancho, Del Valle, Torralba,... nombres que quedaron grabados en la memoria del niño y siguen vigentes, porque la memoria del niño no falla... es la auténtica. Por eso cuando la gente enferma de verdad, enfermo de morirse, dicen que pierde la cabeza. Pero no la pierde del todo. Fijaos cómo recuerda las cosas de la infancia y no recuerde lo que aconteció ayer. Tal vez en ese momento de la verdad, la infancia sea lo único que valga la pena ser recordado.

Con las primeras letras vinieron los primeros desatinos. A Juan Calasancio nunca le convenció del todo la idea de tener que ir forzosamente al colegio. Se levantaba según la campana del reloj de los Juzgados de Santa Catalina. Recuerda el olor intenso de los cueros de las carteras recién estrenadas, el olor de las gomas de borrar Millán, de los lápices de madera de cedro o los lápices de colores Alpino; el olor a papel de los cuadernos de dos rayas de El Guerrero, los libros recién llegados de la imprenta y ese polvo de la tiza impregnándolo todo. Al ir al colegio y salir de casa, Juan Calasancio tomó conciencia por primera vez de que era habitante de un gallinero donde había gallos peleones y perros mastines, dispuestos a clavarle el diente al menor descuido. Entre unos y otros, el padre Miguel Ángel, deshojaba las páginas del *Chiquitín* y repetía una y otra vez aquello de *mi mamá me ama, yo amo a mi mamá y mi mamá me mima*.

Al año siguiente, Juan Calasancio pasó al curso llamado párvulos. Dejó las faldas, mejor dicho la sotana del cura, para tener como maestro a Don Rafael. Tras pasar por el *Chiquitín Segundo*, el hecho de saber leer más o menos bien, permitió pasar a un libro ya más propio de lecturas, denominado *Sonrisas*.

Don Rafael era un hombre mayor, tanto que podría pasar por abuelo de sus alumnos. Calvo de sienes canosas, con gruesas gafas, no muy alto de estatura y algo metido en carnes, vestía siempre traje de chaqueta con chaleco interior y corbata. En invierno usaba abrigo largo y cubría su calva con un sombrero.

Su imagen recuerda a las de los maestros de las películas en blanco y negro dirigidas por Berlanga.

Hombre bueno y paciente, Don Rafael era muy querido por los niños a los que les inculcaba su bondad. Juan Calasancio no recuerda verle pegar a nadie, cuando en casa y en el colegio era moneda corriente. Los niños aprendieron con él a leer mejor, a buscarle un sentido a la lectura y a hacer las primeras cuentas. Hacía especial hincapié Don Rafael en la enseñanza de las denominadas lecciones de Urbanidad, materia ésta que se aprendía en casa y se reforzaba en la escuela... actualmente en desuso en uno y otro sitio, lo cual se comprueba y padece nada más salir a la calle.

Cumplidos los siete años, Juan Calasancio pasó a Segunda. Allí tuvo como profesor al padre Antonio. Hombre moreno, de rostro cetrino, enérgico y vitalista, transmitía su agilidad mental en las cuentas matemáticas que según él no debían quedarse en la repetición cantada de las tablas de multiplicar, repetidas una y mil veces en un acompasado cinco por uno cinco, cinco por dos diez, cinco por tres quince,... y así una y otra vez hasta grabarlas en la memoria para siempre.

Pero el hito más importante en los niños de siete años era entonces la comunión. Juan Calasancio comenzó a recibir lecciones de Historia Sagrada y a conocer la conciencia oficial de lo que estaba bien y lo que estaba mal. La comunión supuso una fiesta, pero no al estilo de ahora con listas de comunión y actuaciones de payasos. La iglesia fue engalanada con flores y se cubrieron los bancos con cojines y sábanas blancas. Los niños aprendieron cánticos alegres y a seguir más o menos bien la Misa, todavía en latín y de espaldas. Terminada la ceremonia, el colegio invitaba a los niños a un desayuno integrado por magdalenas, bollitos de leche y chocolate. Se dispusieron mesas a lo largo de la galería del patio del jardín de la entrada que daba al patio de cemento. Mientras los niños desayunaban, el fotógrafo del colegio no paraba de disparar su máquina para dejar constancia del acto. Días más tarde las fotografías eran expuestas en la galería de entrada y la sala de espera de primaria y allí, en unos grandes cuadros, se podía ver a Alfonso Acuña y a Armando Vega mojando bizcochitos en el tazón o a Díaz-Borrego, Villegas y Antonio Aguilera sonrientes y con los bigotes llenos de chocolate. Ojos de niños y miradas infantiles que nunca debimos perder, pero que el paso del tiempo y las circunstancias no enseñaron a ir ocultando.

El siguiente curso fue Cuarta y el profesor se llamaba Don Manuel. Era un hombre de unos sesenta años, delgado y cargado de hombros, con poco y canoso pelo y no muy sobrado de dientes. También era un hombre bueno y apreciado, de mente despierta y cargado de experiencia, que continuamente hacía referencia al barrio de la Feria, donde habitaba en un piso de la calle Torrejón.

Dos cosas supo transmitir principalmente Don Manuel a Juan Calasancio: rapidez mental en las cuentas y una bonita caligrafía a trazos finos y gruesos, digna de la mejor escritura barroca.

El niño recuerda a Don Manuel con traje de chaqueta claro o de mil rayas, corbata negra por algún luto familiar, gabardina y sombrero. Recordarle pasear con las manos atrás por entre las filas de pupitres, traen a la memoria las imágenes de Don Antonio Machado paseando por los claustros del Instituto de Baeza.

Con Don Manuel, el niño sintió por primera vez el golpe de la palmeta sobre su mano. Era un palo aplanado, largo, perteneciente a la parte de apoyar los pies de algún viejo pupitre. Quiere pensar el niño que el sistema pedagógico era el impuesto, porque don Manuel no parecía disfrutar pegando, antes al contrario, parecía una buena persona. Sea como fuere, cuando terminaba de preguntar a toda la clase, los que habían contestado correctamente la pregunta se sentaban y los que no, esperaban pacientemente, de pie, junto a la puerta de la clase, para llegado su turno poner la mano y sentir el seco golpe de la palmeta. Si se quitaba la mano, el castigo era doble; y si se volvía a quitar la mano, en vez de dos... cuatro... y así sucesivamente. Excepto un interno de Brenes, Melchor, que recibía ración doble de entrada. Su padre le había dicho al principio del curso a Don Manuel:

-Al mío le da usted ración doble que a los demás... que a los árboles hay que enderezarlos de jóvenes... que después ya no hay quien pueda.

¡Lo que cambian los tiempos! Ahora los maestros son apedreados por los niños. Los padres no permiten, no ya que se les ponga una mano encima, lo cual nos parece magnífico, sino que ni siquiera a su niño se le lleve la contraria en algo. Ahora hay APAS; antes *APAl*os limpios. En Cuarta de primaria, el libro de lectura era el Quijote en versión infantil; actualmente podría serlo tranquilamente el *Mundo Guay*, y en vez de conocerse las andanzas de Don Alonso Quijano o el bachiller Sansón Carrasco, podrían seguirse los devaneos de *Rociño* o Antonio David, cuales Calixto y Melibea del nuevo milenio.

La culminación de la primaria era el Ingreso. Para Juan Calasancio, llegar a Ingreso era una meta soñada; no en balde, los de Ingreso eran los mayores de Primaria y cualquier niño necesita crecer urgentemente. El profesor era Don José y sus objetivos pedagógicos eran aumentar los conocimientos de Geografía, Historia Sagrada y de España, Lengua, Matemáticas, todo ello basado en una gruesa Enciclopedia y, como no, en la temida palmeta.

Con la Primaria se dejaba atrás la más tierna infancia. Se abandonaba el babi, se entraba por la puerta principal y dejaba uno de depender del padre Rufino y, de su sucesor en la prefectura, el padre Abilio. El padre Rufino, alto y delgado como un lápiz, de rostro enjuto y mandíbulas apretadas, como sumido en un permanente estreñimiento, siempre mostraba una expresión tensa y una mano dispuesta para pegar o tirar de las patillas. No era mala persona, pero representaba a la perfección el papel exigido por la pedagogía de la época. Era artífice destacado del guantazo en la cara, del guantazo en la nuca a traición y por la espalda, del combinado por delante y por detrás, del combinado a dos manos, del arte de tirar de las patillas, del golpe seco en la cabeza con el nudillo del dedo medio de la mano, golpe éste denominado

capón por los curas castellanos y cosqui por los niños de Sevilla, pudiendo distinguirse dos modalidades: cosqui simple y cosqui retorcido, éste último a modo de golpe arrastrado. El golpe de palmeta conocía a su vez varias modalidades, siendo las más practicadas las de golpe seco con la mano extendida y golpe seco con los dedos de la mano unidos en forma de cucurucho y hacia arriba, modalidad ésta especialmente dolorosa en invierno. Al fondo un lema escolapio: A.M.P.I. (Ad Majus Pietatis Incrementum).

Todas estas modalidades y sus sucesivas innovaciones no causaron rencor en Juan Calasancio, que siempre las vio dentro de un contexto y una época, pero sí le enseñaron poco a poco que en la vida siempre hay unos que mandan y otros que tienen que obedecer. Haciendo un símil evangélico... todo esto, con resignación y paciencia, el niño lo guardaba calladamente en su corazón.

Juan Calasancio recuerda de la Primaria, el babi y la corbata roja, las filas interminables de niños en silencio y con las manos atrás caminando por las galerías de los patios del colegio. El olor al serrín mojado que las limpiadoras extendían sobre el suelo para barrer, y a la vez limpiar, las blancas losas de mármol. La clase de los sábados por la tarde, ya que entonces la vacación era la tarde de los jueves. Las películas de los viernes por la tarde, una vez terminada las clases, a cinco y siete pesetas, con cortes incluidos para poder cambiar el rollo en la única máquina existente, que proyectaba desde esa especie de covacha mágica situada al final de la sala con unas iluminadas y enigmáticas ventanitas y a la que se accedía por una estrecha escalera situada en el túnel que comunicaba el patio del jardín con el de la Virgen. El niño recuerda los carteles de las películas proyectadas, colocados sobre las paredes del comedor de primaria: Horizontes Azules, Invasión en Birmania, El Sargento Negro, Horizontes de Grandeza, Marcelino Pan y Vino o Los Diez Mandamientos.

Recuerda Juan Calasancio las tablas de gimnasia repetidas una y otra vez en el patio de arena, hasta alcanzar la perfección que permitiera una representación digna en el estadio universitario de la Macarena. También recuerda el niño la vieja furgoneta DKW que recogía a los hermanos Ota Salaverri para llevarlos a casa, el taxista de pueblo que traía a los hermanos Navarro Sánchez de La Rinconada, el empleado del Bar Cobo que llevaba a Fernando camino de la Puerta de la Carne, el hombre que recogía a Matías Verdugo para llevarlo al bar de su padre situado en el Mercantil de la calle Sierpes o a su casa de la Calle Teodosio, del temblor de las pupilas de Manolito Rodríguez Gómez, que con el tiempo llegaría a ser el alma de la Década Prodigiosa, pero que de niño era incapaz de fijar la vista sin poder evitar el *meneíto* de su cabeza.

El niño recuerda al Orfeón Calasancio y todos sus niños vestidos con camisa y pantalón blancos, y una llamativa palomita roja al cuello. La Misa diaria en el oratorio y la del domingo, obligatoria, a las once de la mañana en la iglesia; en caso de no poder asistir, había que presentar un papel con el sello de la parroquia a la que se había ido. La entrada era por la plaza Ponce de León, de la que todavía no se habían adueñado los coches, sino que era un parque infantil, cerrado por cierto a cal y canto a los niños escolapios, porque

guardias con traje gris con ribetes verdes y sombrero de ala ancha, vigilaban su entrada y cobraban tres pesetas por entrar, precio inaccesible para un niño que prefería comprar dos reales de pipas y pastillitas de leche de burra, que daban diez a la peseta.

Con la llegada del bachiller y el abandono de la primaria, Juan Calasancio pensó que ya era todo un hombre. Tenía diez años. Muchos... o pocos, según se mire. Ya iría a clase vestido de ropa de calle, sin el infantil babi; tendría, no una enciclopedia, sino un libro independiente para cada materia; no un solo profesor para todo, sino uno distinto y especializado para cada asignatura. Que duda cabe de que era lo que los antropólogos llaman un rito de paso.

El afán de todo niño es dejar de serlo. La experiencia y el devenir de los años nos harán volver una y otra vez por el proustiano camino de Swan a ese paraíso perdido. El tiempo nos hará comprender que sólo realmente la infancia, merece la pena ser recordado. Por eso al hacernos grandes no debemos reprimir a ese niño que llevamos dentro; y nunca debemos dejar de sentir como niños, de disfrutar como niños, de reír abiertamente como niños, de llorar, por qué no, a lágrima viva como los niños. Ya lo dijo el Maestro: sólo el que sea como uno de estos niños entrará en el Reino de los cielos.

Juan Calasancio pide perdón si al recordar en algo ha ofendido a alguien, si queriendo citar a algunos ha olvidado a muchos, si en vez de entretener ha aburrido a los que le escuchan. Lo confesará todo con el Padre Leonardo, que es un santo, o con el Padre Ayuela, que además de ser otro santo se ha quedado ciego, lo cual, para qué negarlo, hace más fácil y llevadera la confesión. Se arrepiente de todo corazón y cumplirá la penitencia impuesta: un credo al Sagrado Corazón, tres avemarías a la Virgen, un padrenuestro a San José de Calasanz y otro a San Pompilio.

Acabaré, como lo hacían las clases en el colegio... a toque de campana...

- ¡Niños al recreo!

Muchas gracias.

Sevilla, 17 de febrero de 2001.